LA AMADA DEL SEÑOR.

SERMON PANEGÍRICO DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARIA SANTÍSIMA SEÑORA NUESTRA,

Que en la funcion anual que le celebra ante su Portentosa Imágen del Pueblito en su Santuario extramuros de la M. Noble Ciudad de Querétaro su devotísima Cofradía,

Predicó el dia 20 de Febrero de 1797 el P. Fr. Joseph Francisco de la Rocha Manrique de Lara, Lector de Sagrada Teología en el Colegio Real y Pontificio de la Purísima Concepcion de Celaya, y Comisario del V. O. T. de Penitencia de N. S. P. S. Francisco.

SALE A LUZ

Por la devocion del Mayordomo de esta Fiesta Don Domingo Antonio Fernandez, Regidor Síndico Personero en la expresada Ciudad de Querétaro,

QUIEN LO DEDICA

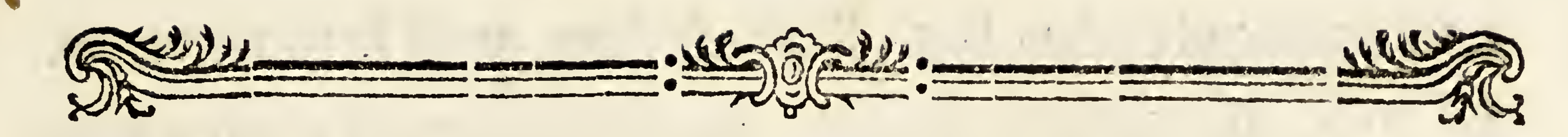
A LA MISMA SANTÍSIMA SEÑORA.



EN MÉXICO:
Por Don Mariano Joseph de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, en dicho año.

Dilectus meus mihi, & ego illi. Cantic. cap. 2. ℣. 16.

Multae filiae congregaverunt divitias: tu supergressa es universas. Proverb. cap. 31. ℣. 29.



Diligit Dominus portas Sion super omnia Tabernacula Jacob. Psalm. 86. ℣. 2.

El Señor ama mas las puertas de Sion, que á todos juntos los Tabernáculos de Jacob. Palabras del Santo Rey David en el Salmo 86.



I siempre que disfruto el honor de elogiar á la Purísima María, no puedo ménos que disgustarme con la pobreza de mi ingenio, considerándolo tan inferior á sus encomios y alabanzas, os protesto, Señores mios, que especialmente me sucede quando tengo de hablar de su graciosa Concepcion, y consagrar un Panegírico á aquel Instante inmaculado. Es este para mí, entre los Misterios todos de esta amable Princesa, quien siempre se ha robado todas las ternuras de mi alma, y en el que especialmente desearia yo para elogiarlo los hermosos conceptos, la patética energía y los sentimientos piadosos de los Pedros Damianos, de los Bue-

naventuras, de los Bernardos y Damascenos. Lleno mi pobre pecho de un regocijo inexplicable al contemplar á esta feliz Criatura tan amada de su Criador, tan atendida del Altísimo, y tan colmada de privilegios, que entre todos los hijos del Padre transgresor es la única, la sola preservada de aquel universal diluvio que anegó su posteridad: al verla toda hermosa, toda pura é inmaculada en aquel mismo instante en que aparecen todos ante los ojos del Eterno con el sello de la ignominia y con el borron del pecado, quisiera poseer las expresiones mas eloqüentes, y con unas voces de fuego, como de un Serafin abrasado, inflamar asímismo vivamente los ánimos de quantos me oyen. Pero ¡pobre de mí! que no tengo afectos, conceptos ni expresiones para entretexer y formar ante ese portentoso Simulacro de la Concepcion Purísima un Panegírico de esta clase. Mas si al fin yo he de ser el que ha de hablar esta mañana de ese Momento inmaculado que adoramos en esa peregrina Imágen, á quien invocamos con ese Título, acaso acaso por inspiracion de algun Angel (1), yo me con-

(1) Vilaplana en su Novenario histórico de nuestra Señora del Pueblito cap. 1.

tentaré con que en la série de este Sermon tengan el lugar principal, no la sublimidad y la grandeza de los discursos, sí mas bien los ardores y la ternura de los afectos. Mi pobresillo corazon ¡ó hermosísima Niña! entrará á danzar al son de la harpa de vuestro Abuelo; y tomando prestadas sus armoniosas expresiones, se ocupará en formar un elogio de vuestra gracia, si no medido con su grandeza, si desigual á mis deseos, y si inferior á vuestro mérito; al ménos todo aquel que pueda producir mi ingenio corto y limitado. Pero ¿qué mas podré decir en alabanza de ese Instante, sino que en él aparecisteis mas amable y preciosa á los ojos eternos, que todo el cúmulo incomprehensible de los Angeles y los Santos? *Diligit Dominus portas Sion, super omnia Tabernacula Jacob.* Mas claro: Que en ese admirable momento que os sirvió de puerta para entrar al sér y á la vida, fué vuestra gracia superior á la de todos los Angeles, y vuestro mérito mas excelente que todos juntos los de los Justos. Creo que no puedo decir mas; y quedo persuadido á que un asunto tan sublime, como superior á mis fuerzas, no lo podré expender segun su mérito y dignidad. Sin embargo, divi-

na Señora, preciosa Niña, peregrina hermosura, para poder seguirlo en algun modo que sea digno de vuestra grandeza, digno del amor con que os amo, y de la expectacion de tus hijos, de tus hijos favorecidos por el arcaduz de esa Imágen de tu Concepcion del Pueblito, todos estos ilustres Queretanos, yo os suplico me dirijais un rayo de aquella Estrella que tantas veces ha aparecido en la frente de esa tu Copia (2), índice de nuestras venturas, no ménos que de aquella gracia, de que os adoro toda llena. AVE MARIA.

Diligit Dominus &c. El Señor ama mas &c.

PARA formar una idea sublime (M. I. S.) para formar un concepto sublime de la gloriosa Jerusalen, ilustre Casa del Señor, no es á la verdad necesario emprender la especulacion de todas las grandezas, preciosidades y hermosuras que la ennoblecen y la adornan. No es menester considerar la magnificencia de los cimientos de esta Ciudad incomparable, que recono-

(2) Vilaplana en el opúsculo citado, cap. 5.

ce por fundamentos doce piedras las mas preciosas. No es preciso entrar con una caña de oro á tomar las medidas á su grandeza y latítud. No es indispensable atender á lo precioso de sus muros hechos de finísimo jaspe, al oro refulgente que por toda ella brilla, á la claridad que la ilustra, que es la del mismo Dios, ni á todos los otros adornos con que aparece revestida en calidad de Esposa digna por cierto del gran Cordero. Esta amenísima descripcion, con que un testigo irrefragable nos la dexó mapeada en su divina Apocalipsis, nos hace, es verdad, nos hace concebir las mas altas ideas de esa Ciudad maravillosa; mas para formarla bastantemente sublime, no es necesaria, lo repito, la exploracion entera de quanto precioso la adorna. Las solas puertas de aquella Ciudad del Dios vivo, divinamente fabricadas de margaritas muy preciosas, son mas que suficientes para representarnosla como una Ciudad por sin duda la mas ilustre, la mas magnífica, la mas digna del alto Dios.

De esta manera, para hacer un alto concepto de la grandeza incomparable de los adornos preciosísimos, y de la gracia sobreexcelente de la Princesa hoy concebida, no es indis-

pensable valernos de los faustísimos pronósticos de su futura elevacion. No es preciso aguardar la série de los tiempos en que alumbrará al orbe con las luces brillantes de su santa y heroicísima vida, en que habrá de verse cargada del dulce peso de un Dios hombre; en que verá pendiente de sus pechos castos y puros al Proveedor del universo; en que sostendrá con sus brazos al que tiene su asiento sobre Tronos y Querubines, y en que con los obsequios y servicios mas agradables, que tributará á su Criador, acaudalará los tesoros de una santidad casi inmensa. No, no es necesario en fin constituirnos en aquel dia que habrá de coronar toda la série de su vida, y en que ella llegará al último ápice de elevacion que en el Consistorio divino le decretó la Trinidad. Seria gustoso, es cierto, y un asunto muy agradable á mí y á todos mis oyentes entrarnos hoy á contemplar todos aquellos dones, prerogativas y excelencias que en ella acopió el Infinito para mostrarla al orbe como el conato último de su amor y su omnipotencia. ¿Mas qué fuerzas tenemos para poder pasear toda esa Ciudad hermosísima, ó quienes somos para tomarle las medidas á quien no las puede tomar aun la caña de oro del An-

gel, por ser asunto reservado únicamente á el que la crió? En fin, no tenemos necesidad de meternos á explorar ahora quantas bellezas y hermosuras distinguen la Ciudad de Dios; aquella Ciudad soberana, de quien se han predicado y se predican tantas glorias. Para llenarnos de admiracion, para transportarnos de júbilo, para bendecir al Señor Autor de todas sus grandezas, basta que nos paremos en los umbrales de sus puertas, basta que nos fixemos en el primer hermoso instante de su graciosa Concepcion. El principio de su exîstencia, su entrada á la vida, que se nos representa en esa Soberana Efigie, colocada frente ese cerro por inspiracion del muy Alto para extirpar la idolatria, derribar los ídolos y convertir á los Idólatras, qual otra Arca del Testamento para batir los muros y conquistar á Jericó (3), presenta un espectáculo y ofrece un objeto dignísimo de las atenciones, aun de la misma Divinidad. Coloquemonos pues aquí, Queretanos afortunados, y sin dar un paso adelante, saludemos desde sus puertas á esta Ciudad maravillosa, y á vista de ellas quedemos absortos y pasmados por su grandiosa magnificencia.

(3) Vila. cap. 2.

¿Y como no, como no ha de robarnos toda la admiracion un oceano de gracia, que desde ese instante primero está ya inundando á esa Criatura amabilísima? ¿Como será posible que no se robe nuestros pasmos una Alma la mas santa en un cuerpo tan pequeñito, una Niña de nuestra humana naturaleza mas grande que los Serafines, y un principio de gracia superior ya al colmo de quanta en su mayor altura obtuvieron todos los Angeles? Sí, Señores: tanta es la gracia que el Hacedor de esta Belleza derrama en su grande Alma luego que ella comienza á ser. Predestinada en los consejos del Eterno para Tabernáculo hermoso donde él se vista de nuestra carne, para Palacio augusto donde se alvergue su Grandeza, y para Cielo brillantísimo donde haga aquí en la tierra alarde y pompa de sus bondades, se le comunica un adorno que sea digno y correspondiente á la nobleza y superioridad de sus destinos. Por consiguiente, á la manera que los Palacios de los Soberanos del mundo exceden las habitaciones de los Vasallos y los Siervos, y se distinguen sobre todas por su belleza y magnificencia, por sus púrpuras y damascos, por sus espejos y pinturas, por sus bufetes y aparadores, por sus

huertas y sus jardines, y por toda especie de adornos correspondientes á la magestad que los habita; así los de esta grande y magnífica Casa, donde ha de habitar el Inmenso, exceden con ventajas y sobre toda ponderacion las gracias y los privilegios, las excelencias y distinciones que han condecorado jamas al resto todo de las criaturas. Preordinada para ser Templo de la misma Divinidad, en que ella more corporalmente, supera en riquezas de gracia á las personas mas ilustres no destinadas á tanto honor, mucho mas incomparablemente que á todos los Templos del orbe aventajaba el que fabricó el Rey mas rico y sabio que ha mandado sobre la tierra. Digámoslo de un golpe, y con toda su claridad. Aunque no ha llegado todavía la plenitud del tiempo, en que el Incomprehensible se vea ya enclaustrado en el purísimo y feliz vientre de esta Niña adorable: aunque aun no se han cumplido en ella aquellos altos fines para que su Autor la dá el sér, ya por los decretos eternos viene al mundo marcada con la divisa gloriosísima de unas relaciones las mas nobles y relevantes hácia la misma Deidad. Desde este momento en que aparece entre las criaturas, no la ve el Padre

sino como á su Primogénita: no la mira el Hijo sino con el tierno respeto de su única querida Madre: no la atiende el Divino Espíritu sino como una Esposa la mas graciosa y bella, como á su preciosa escogida, como á su dilecta mas amada. ¡Qué relaciones tan sublimes! ¡Qué destinos san decorosos!

Sobre este supuesto, y el de que la gracia que habia de distinguirla debia corresponder á unos respetos tan soberanos, ¿qual pensais, os ruego, seria la abundancia con que la Augusta Trinidad enriqueceria á esta Alma grande? ¿Quanta derramaria el Padre de las luces sobre su Hija la mas amada? ¿Quanta le infundiria para hacerla su digna Madre el Unigénito de Dios? ¿Con qué profusion se difundiria en ella el Espíritu Santo, y con qué caudal tan asombroso la dotaria para hacerla su digna Esposa? ¿Podrian contentarse con ménos que con toda una plenitud? ¿Quedaria satisfecho el amor de las tres Personas hácia una Hija tan singular, hácia una Madre tan querida, hácia una Esposa tan amada, con comunicarla una gracia solo igual á la de los Siervos? ¿No correspoudia, por sin duda, que al paso que venia á obtener una dignidad superior, y ocupar

un puesto mas alto que el de toda pura criatura, desde el instante mismo en que empieza á vivir aventajase á todas en el capital de gracia? ¿No era congruo que en la abundancia y riquezas de esta las superase á todas con exceso tan grande, quanto á todas las excedia en la superioridad del nombre, y en la excelencia de los destinos? ¿No debia el Sol resplandecer mas que todas las Estrellas, y ser mas honrada la Reyna que todos juntos los Vasallos? ¿Quien puede poner duda en esto (4)?

Sí: Esta Vírgen incomparable, señalada ya desde que comienza á exîstir con los brillantes caractéres de unos destinos tan augustos, demanda una gracia que la haga ante Dios mas amable que la congregacion de todos los Santos y Justos. Quanta ha santificado á todas las almas felices que ha hecho el Señor participantes de su divina naturaleza: quanta distingue y condecora las Angélicas Gerarquias, sobre quienes la gracia se derramó con abundancia, toda se reputa muy corta para la que es predestinada al honor de Madre de Dios (5). Mucha es, grande es, abundantísima es la que enriquece

(4) S. Basilius Orat. de Anunt.
(5) S. Pet. Dam. Serm. de Assumpt.

al menor de los Angeles, mayor la que al segundo, insondable la que al supremo. No hay entendimiento entre todos los hombres que pueda comprehender, ni la Aritmética proporciona guarismos suficientes á numerar la multitud de grados de la que se comunicó al mas alto de los Serafines. Sin embargo, el resultado de la de todos es inferior á la que se debe á la que habrá de ser entronizada sobre sus Coros. Toda la dicha, al fin, es una gracia proporcionada á los Vasallos y á los Siervos; la que á María corresponde debe medirse con la augustísima qualidad de Madre del Omnipotente, y de Reyna de las criaturas. La de todos ellos debe, aunque tan grande, considerarse solo como unos rios que riegan la santa Ciudad del Señor; la de María, dice mi Serafin Buenaventura, debe ser la congregacion y el mar inmenso en que se recogen todos los rios de los demas (6). En fin la gracia de todos los Justos es una prenda preciosísima, que los constituye ante Dios objetos tiernos de su amor y de sus delicias; pero la de María es de tal quantidad, aun á las puertas de su Sér, que hace la mire su Criador

(6) S. Bonav. in Speculo cap. 7.

como un blanco mas dulce, mas precioso y mas digno de sus agrados que toda la asamblea de los Espíritus escogidos: *Diligit Dominus portas Sion super omnia Tabernacula Jacob.*

Y qué ¿pudiera haber, dice el Padre San Juan Chrisóstomo, en el cúmulo de las criaturas cosa mas graciosa, cosa mas santa que su Reyna? De ninguna manera. Ella sola ha excedido al Cielo todo y á la tierra en la grandeza y amplitud de privilegios y de gracias. Los Profetas, los Apóstoles, los Mártires, los Patriarcas, los Angeles, los Tronos, las Dominaciones, las Virtudes, los Querubines, los Serafines: de una vez, quanto de grande y excelente hay entre las criaturas, así visibles como invisibles, todo es inferior á esta augusta Princesa en la excelencia de dignidad, y en la santidad de la gracia. ¿*Quidnam illa sanctius*?.... *Non aliud quidpiam inter creatas res visibiles majus aut excellentius inveniri potest* (7). Al fin, como que á todos los demas se les dá la gracia por partes; pero á la Madre del Señor se le derramó sobre el seno toda una entera plenitud. ¿Y qué plenitud, mis Oyentes? La misma, dice San

(7) S. Joan. Chris. Serm. 5. de Nativ.

Geronimo (8), la misma que está en Jesuchristo, sin mas diferencia, sino que en este Redentor está como en cabeza, de donde como el unguento que descendia por la venerable barba de Aaron, así fluye á los Justos, miembros felices del cuerpo místico de su Iglesia; y en la Vírgen graciosa está como en hermoso cuello, por donde pasa á comunicarse. ¿Qué mas puede decirse de la abundancia de su gracia? Si es la que la adorna toda la plenitud, y la plenitud misma que está en el Salvador, ¿qué mas puede añadirse al elogio de su grandeza? ¿Como no habrá sido superior ventajosamente á la de todo el cúmulo de los Angeles y los Santos? ¿Como tan hermosa y tan bella, tan agradable y tan graciosa no habrá robádose mucho mas que ellos las atenciones y ternuras del que en tantos grados de gracia la dió un superior atractivo, y unos encantos mas amables? ¿Y no concebís que desde el momento en que es criada y unida á su precioso Cuerpo esta Alma venturosa, se roba ya todos los cariños del que para sí la formó? ¿Qué se hace dueño de sus amores y ternuras? ¿Y que de tal manera le

(8) S. Hyeronim. Serm. de Assumpt.

hiere el corazon con su hermosura y con sus prendas, que mas la ame á ella sola que á todo el resto de las criaturas? *Diligit*, sí, *diligit Dominus portas Sion super omnia Tabernacula Jacob.*

Pero no pára aquí. El capital de tanta gracia no lo tiene un instante ocioso. Desde luego comienza á negociar con ella, al mismo tiempo que sus aumentos, unos méritos heroicísimos con que se arrebata mas y mas los dulces amores de Dios. Ilustrada desde este punto con las luces de una razon divinamente anticipada: iluminada mucho mas con sobrenaturales conocimientos, y enriquecida ya con los hábitos de las virtudes que se le han infundido, comienza luego á exercitarlas. Y aquí, aquí, Oyentes sabios, donde yo desearia poseer una noble eloqüencia, ó que me prestasen la suya los Basilios y los Chrisóstomos, para con alguna viveza poder pintaros, como desde este punto nuestra Niña Purísima se convierte toda á su Autor para darle afectuosas gracias por el noble sér que le ha dado, y las prendas que en ella ha puesto: como se humilla ante el divino acatamiento reconociendo toda su gracia y perfecciones como amoroso efecto de sus eternas misericordias: como se derrite su tiernecito cora-

zon en el fogoso incendio de la mas viva caridad: como empieza á acongojarse y á sentir las ingratitudes é injurias de los míseros hijos de Adan contra un Dios tan digno de amor: como sus ojos, aquellos ojitos, aquellos dulces ojos que hieren al Omnipotente, ántes de ver la luz, ya derraman lágrimas por el sentimiento y dolor de la ruina de los mortales; finezas que sin duda nos ha querido recordar, y aun continuar en las lágrimas que tantas veces han aparecido corrientes en el semblante de esa Imágen (9), y en las muchas mas que ha sudado, hasta veinte y dos, ese Simulacro precioso de su Concepcion inmaculada: como ya comienza á exercer los oficios de intercesora á favor de nuestro linage: como::::¡Pero que capaz soy yo de describiros dignamente estos primeros actos de la Niña de Dios, ni de daros una idea competente del mérito de las virtudes con que dió principio, como con pasos de gigante, á su santa y virtuosísima carrera! ¡Dios inmortal! ¡Dios inmortal! Vos que fuisteis testigo de aquellas primicias graciosas de vuestra escogida y amada: Vos que os llenasteis de complacencia

---

Vilap. ubi sup. cap. 4.

al escuchar las encantadoras voces, y los gemidos dulces de esta preciosa Tortolita: Vos que os sentisteis penetrar de sus afectos y ternuras: Vos, Vos solo sabeis todo lo que entónces pasó, y Vos solamente sois poderoso á comprehender el fondo inestimable de sus altísimos merecimientos. Nosotros pobrecillos, como lechuzas ciegas, no podemos fixar los ojos en el abismo de tantas luces; bien que estamos asegurados de que aun en estos primeros actos ella os agradó mas, que quanto con todas sus obras os agradaron todos los Justos, y de que estos merecimientos han sido á vuestra vista de un valor mas precioso que el mérito de todos los Santos.

Al llegar aquí se me presentan de tropel los inestimables tesoros de las virtudes de tantos Justos, que han servido de tierno objeto á los ojos de la Deidad, y me figuro que veo pasar ante los de mi imaginacion una Procesion vistosísima de innumerables beneméritos, que van haciendo glorioso alarde de su heroicidad y virtudes. Veo pasar un Coro ilustre de Patriarcas, que llevan en la mano la insignia de una Fe la mas viva y recomendable: un bello esquadron de Profetas sostenidos sobre los bá-

culos de una esperanza la mas firme: un Senado respetable de Apóstoles que van presentando sus pasos y fatigas, sus sudores y sangre derramados alegremente por el nombre del Salvador. Veo caminar un grande exército de Mártires que no perdonaron sus vidas, ni se horrorizaron al semblante espantoso, de los Tiranos y los tormentos, por merecerse los agrados del Rey, cuya Ley defendieron, y entre ellos marchan, al son de celestiales caxas, los Estebanes con sus piedras, los Lorenzos con sus parrillas, los Eustaquios con sus toros de bronce, los Sebastianes con sus flechas, las Liberatas con sus cruces, las Bárbaras con sus martillos, las Margaritas con sus garfios, las Cecilias con sus alfanges, las Lucias con sus hachas, las Catalinas con sus ruedas: sin dientes las Polonias, sin carnes las Eulalias, las Doroteas sin manos, las Aguedas sin pechos; las Bibianas asadas, las Martinas despedazadas, y otros mil millares de Jovencitas y Doncellas que van desmintiendo con su heroismo las flaquezas del sexô débil. Va tambien ¡qué gozo, ilustres Franciscanos! que va tambien marchando baxo el estandarte de las Llagas en el Esquadron de Francisco nuestro Santo Hermano Felipe de Jesus, honor

y gloria de nuestra Religion y de nuestra América, enarbolando sus tres lanzas, y todos los demas los instrumentos horrorosos de sus pasiones y suplicios. Veo salir de entre las grutas lóbregas de la Scitia y de la Tebayda mil esqueletos del rigor, cadáveres de la penitencia y héroes de la mortificacion, transidos y extenuados con el rigor de los ayunos, destrozados con las disciplinas, desflaquecidos con las vigilias, y hechos verdugos de sí propios por el odio santo á sus carnes. Veo ir viniendo á sus claustros unas tropas numerosísimas de Varones y de Doncellas, que exponen el mérito de su altísima contemplacion, de sus oraciones fervientes, de su abstinencia rigidísima, de sus exercicios piadosos, y de los diuturnos trabajos de sus prolongados martirios. Veo..... ¿Mas para que es cansaros? Veo, en una palabra, todos los órdenes de los Santos colmados de merecimientos, dignos á la verdad del agrado y las recompensas del Justísimo Remunerador. ¿Pero qué os parece? Todo ese cúmulo de méritos, aunque es verdad que me transporta por su copia y su heroicidad, me parece que le veo obscurecerse, y que esconde sus brillos luego que se ponen delante los de la Niña tier-

na en el acto de concebirse; no de otra suerte que ocultan sus luces los Astros al punto que el Sol aparece.

Sí: venid en hora buena, ó Fe de los Patriarcas, ó Esperanza de los Profetas; yo aplaudo vuestro heroismo. Venid, fatigas y sudores; yo os reconozco como indicios del zelo y constancia apostólicos. Venid, parrillas y casquetes, planchas y eculeos, garfios y lanzas, plomadas y espinas, flechas y cruces; yo os venero como testimonios de una fortaleza invencible. Venid, disciplinas ensangrentadas, punzantes cilicios, ayunos rigurosos, vigilias admirables; yo hago justicia á vuestro mérito. Venid por último obras preciosas de todos los Siervos de Dios; yo os confesaré siempre como acreedoras al agrado y retribucion del Eterno. Así es, así es. Pero despues de todo, quando vuelvo la vista al acto primero de amor con que mi adorada Señora empezó á desahogar el fuego de su corazon, veo que á la presencia aun de él solo, os ocultais y desapareceis como las Estrellas se esconden á la presencia de la Aurora. Es verdad que en este acto no se derrama sangre, no se pierde la vida, no se descargan crueles tormentos sobre el cuerpecito ado-

rable. Aquí solo se ama, solo se sienten los transportes dulces de un amor suave y delicioso; pero este acto solo tan melifluo y tan suave, tan delicioso y dulce, es para su Amante divino, tanto mas agradable que la efusion de vuestra sangre, y los tormentos de vuestros cuerpos, ó Santos gloriosísimos, quanto el capital de la gracia con que obraba ya en este punto, y la ayudaba á negociar con mayor logro que vosotros, aventajaba á aquella que á vosotros os animaba.

¡Y qué expectáculo seria este para los ojos del Altísimo! ¿No creis, Señores, que desde este momento comenzarian á resonar de la boca del Infinito las ternuras y los requiebros de los sagrados epitalamios? ¿No se mostraria herido de amor de esta tan amable Criatura? ¿No la llamaria su paloma, su inmaculada, su perfecta, su única, su amiga, su hermana? ¿No la diria todos estos requiebros, que muchos siglos ántes habia preparado para ella en el Cántico de los Cánticos? ¡Ah! como le diria! como se expresaria! Mi hermosa, mi hermana, mi bella, mi dulce, mi graciosa, heriste mi corazon (10), heriste.... ¿Pero donde voy yo, ó qual es

(10) Cant. cap. 4. ℣. 9.

mi osadia que me atreva á tomar en mis labios impuros las expresiones de todo un Dios enamorado de su María? Suspéndete, imaginacion, y no pretendas introducirte con insufrible atrevimiento al gavinete de la Deidad. Y tú, lengua insensata, no desluzcas con tu balbucie las voces del Incomprehensible requebrando á su Esposa. Contentémonos, Sabios discretísimos, por lo que á nosotros nos toca, con saber que el mérito de la recienconcebida Infanta la hace mas amable ante Dios, que todo el resto de los Justos: *Diligit Dominus portas Sion super omnia Tabernacula Jacob.* Bendigamos su amor, su poder y bondad: congratulémonos con nuestra Niña Reyna: humillémonos al pie del Trono de su grandeza y soberania, y esto solamente nos basta.

Pero no, no nos basta aún; es preciso tambien que nos llenemos de confusion al volver nuestros ojos sobre nosotros mismos, y reconocer nuestras almas hechas objetos de indignacion ante el divino acatamiento. Nosotros, venerados Señores, (dexadme hablar con libertad, que no he caminado tantas leguas en circunstancias para mí las mas críticas y trabajosas para venir á lisonjearos. Tened á bien, pues

somos en tiempo de guerra (11), que en defensa de los derechos de la Suprema Magestad del Rey inmortal de los siglos desembayne y vibre la espada de la Palabra divina el mínimo de sus Soldados). Nosotros, es verdad, nos preciamos de hijos de esta amable Princesa: ponemos nuestra gloria, y colocamos nuestro júbilo en celebrarle fiestas, en ofrecerle presentallas, en consagrarle dones á esa su hermosísima Imágen: nuestra alma se alegra y nuestros sentidos se enagenan con la vista sola de las puertas de su Santuario: mas ama nuestro corazon estas puertas, que á todas las habitaciones de nuestra populosa Ciudad: nuestro espíritu se regocija y aniega en consolaciones divinas quando al entrar por ellas descubrimos sobre su Trono esa peregrina Hermosura. ¡Qué será mirar en el Cielo á su divino Original! Nuestro corazon se deleyta y nuestra esperanza se reanima quando camina á nuestra Ciudad, (12) quando entra llenando sus calles, y quando colocada en sus Templos le presentamos nuestras súplicas, y aguardamos confiados el

---

(11) España ligada con Francia contra Inglaterra.

(12) Anualmente, por lo comun, se trae para hacerle su Novenario, y siempre que hay alguna grave necesidad.

socorro en nuestras grades necesidades. Así es, así es. Porque ya sabemos por experiencia que á presencia de ese Simulacro de la Concepcion Purísima de María nos ha de conceder nuestro benignísimo Dios, por respeto de este Misterio, todo quanto le pidamos; la serenidad quando los tiempos turbulentos y tempestuosos, las lluvias en las sequedades, la sanidad en las epidemias, y todo género de bendiciones celestiales en todos los lances y coyunturas. En fin, nuestra boca se endulza y nuestros labios destilan miel quando la invocamos con los hermosos títulos de nuestra Madre, Patrona y Abogada; quando la saludamos con estos suavísimos nombres.

Sí; pero por lo demas en nada trabajamos ménos que en parecernos á nuestra Madre. Ella llena toda de gracia y santidad; nosotros acaso llenos de abominacion y de culpa: ella amiga de Dios; nosotros enemigos: ella blanco de complacencia; nosotros objetos de la ira: ella colmada de heroicos méritos; nosotros llenos de deméritos y pecados: ella destruyendo los ídolos que en este lugar (13) usurpaban el culto al

(13) Un cerro hecho á mano por los Gentiles Chichimecas que está inmediato á el Santuario.

verdadero Dios; nosotros erigiendo altar contra Dios al ídolo de nuestras locuras en estos nuestros corazones: ella finalmente amantísima de su Criador desde el instante que le conoce; nosotros tal vez ofensores del mismo desde el punto que llegamos á conocerle. ¡Qué diferencia! ¡Qué contrariedad! ¡Qué desgracia! María acabada de concebir ya tiene un mérito superior al del cúmulo de los Santos; y nosotros despues de tantos años que hemos vivido en este mundo, quizá no tenemos un mérito que poder mostrar ante Dios. ¿Qué es esto? ¿Es por ventura mostrarse hijos de la gran Madre? ¿Es protestar con un porte digno de vida que nos regocijamos de la abundancia de su gracia, y que celebramos la dicha con que el Señor la felicitó sobre el resto de las criaturas? ¿Es honrar á nuestra Abogada Purísima en esa Imágen del Pueblito con todos los conatos del corazon, ó es solo obsequiarla con los labios? Reflexemoslo bien, entendámoslo bien. Si queremos desempeñar el caracter de amantes hijos; si queremos dignamente expresar nuestro júbilo por sus glorias, y nuestro reconocimiento por las muchas mercedes que nos hace, el modo propio, el único, es hacer en nosotros mismos

un grande aprecio de la Gracia, solícitos en adquirirla, cuidadosos en aumentarla, y atentos siempre á mantenerla á despecho de los conatos de los furiosos enemigos de nuestra eterna salvacion. Os lo deseo.

O. S. C. S. M. E. C. A. R.

